



MR. SIMON LAYTON.

BELEN

## CAPÍTULO XVIII.

Contrato con un cabo de Beduinos. — Bethphage. — Bethania. — Sepulcro de Lázaro. — Parábola del Samaritano. — Jericó. — Fuente de Eliseo. — Desierto de los cuarenta días. — Aspecto del Jordan. — Precauciones durante nuestra permanencia. — El mar Muerto. — Sodoma y Gomorra. — Monasterio de San Sábás. — Tiendas de Beduinos. — Belen. — Templo y gruta del Nacimiento. — Estrella robada. — Monumento de los Inocentes. — Tumba de S. Jerónimo. — Sepulcros de S<sup>ta</sup> Paula y S<sup>ta</sup> Eustoquio. — Gruta de los pastores.

La visita del Jordan y del mar Muerto es la expedición mas peligrosa entre las que suelen hacerse por las cercanías de Jerusalem. Inmediatos estos lugares á los desiertos que sirven de morada á las tribus errantes, los Árabes los recorren con frecuencia, y en sus correrías despojan al viajero que no puede resistirles presentando fuerzas al ménos iguales á las suyas. Con el objeto de obviar en lo posible estos inconvenientes, se unen muchas personas para marchar juntas, y contratan además un cabo de Beduinos, que mediante una cantidad que recibe, se obliga; cosa inaudita! á conducir con seguridad á los viajeros por lugares peligrosos, respondiendo con su persona por la de aquellos. Este contrato se firma en el consulado francés, y el viajero se consigna al cabo, por decirlo así, entregándole con su individuo sus intereses y cuanto lleva consigo.

Salimos de Jerusalem muy de mañana, y caminamos con dirección á Bethania, pasando por el valle de Bethphage, de cuyo pueblo hoy apenas se ve el sitio que ocupó cubierto de

piedras; algunas higueras y otros árboles frutales en muy corto número existen tambien en este mismo lugar.

Bajando cerca de média milla, llegámos á Bethania, que tendrá difícilmente veinte casas muy miserables de familias árabes. En medio de la aldea se ven esparcidos muchos restos de murallas, y entre estos se muestra el sepulcro de Lázaro abierto en la piedra, y con várias divisiones que explican muy bien el pasaje del Evangelio que refiere la resurreccion del piadoso hermano de Marta y de María.

Por una escala de veinte y cuatro gradas bajámos á una sala pequeña, que sirve de atrio á la tumba; esta sigue luego, y tiene su entrada angosta y fácil de cubrirse con una piedra, como la presenta el Evangelio. Los PP. Franciscanos, para celebrar sus oficios en este sepulcro dos veces cada año, compraron á los Turcos el derecho de entrar en él por una cantidad considerable de dinero.

Dejando atras la fuente que llaman de los Apóstoles, y donde suponen algunos que estos se detenian cada vez que siguiendo á Jesucristo iban de Jerusalem á Jericó, entrámos en un camino que corre al pié de cerros altos y blanquizcos y por una sucesion de desfiladeros en parte peligrosos. En estos lugares coloca el Salvador el ejemplo admirable de caridad dado por un Samaritano, y parecen en efecto los mas á propósito para hechos como aquel en que era víctima el infeliz robado y maltrado. Los Romanos, para proteger á los viajeros de los ladrones que ya en su tiempo infestaban este camino, levantaron un fuerte en Adominin, del que aun se ven algunos restos. El camino se hace mas peligroso y de peor condicion cuanto mas se aproximan los valles del Jordan atraviesa siempre un territorio desierto donde el Evangelio coloca la penitencia del Salvador con las solemnes escenas del Bautista, y la Historia eclesiástica la vida edificante de los Padres del yermo.

Al fin, despues de seguir durante algunas horas este camino, tan imponente por sus recuerdos como por su fiso-

nomía, principiando á bajar al lado opuesto de los montes que van á morir en el mar Muerto, divisámos el valle de Jericó y las verdes riberas del Jordan. En medio del valle existió ántes la ciudad de Jericó; pero hoy nada se ve, fuera de una miserable poblacion árabe que llaman *Richa*. Un agá, que es en esta el gobernador, el jefe militar, el cabo de los Beduinos y el verdadero señor de la villa y de sus alrededores, mandó á uno de sus subalternos para que indicase el lugar en que podia armarse nuestra tienda, miéntras que él permaneció tranquilo en medio de algunos niños y mujeres que recogian el fruto de los olivos de un jardín inmediato, que no plantó él ni sus padres ciertamente.

Un calor sofocante nos molestaba sobre manera, y un aire espeso que venia del mar Muerto hacia pesada la respiracion; cuando el sol hubo declinado un poco, marchámos acompañados por dos Beduinos para subir el monte de la Cuarentena, y visitar á su pié la fuente ilustrada por los prodigios de Eliseo, cuyo nombre conserva todavía. Á una legua escasa de Richa encontrámos esta, la mas abundante, la mas frondosa y mas amena de cuantas he visto en Palestina. De su seno nace un arroyo copioso que, dividiéndose despues en muchos, podria fecundizar el valle de Jericó y trasformar en huertos y jardines deliciosos el que es hoy un árido y espantoso desierto. El libro de los Reyes nos da la historia de esta fuente, cuyas aguas fueron ántes impotables. Los moradores de Jericó dijeron á Eliseo: La situacion de esta ciudad es buena, pero sus aguas son muy malas y su tierra estéril. El profeta de Dios, arrojando sal sobre la fuente: « Esto dice el Señor, pronunció en alta voz: Sané estas aguas, y jamas habrá en ellas muerte ni esterilidad. Las aguas quedaron buenas, y la tierra no fué estéril en adelante (1). » Este milagro de Eliseo embaraza mucho á los

(1) Lib. IV, cap. II.

racionalistas modernos : en unas montañas cuya tierra contiene gran cantidad de sal, como son todas las que rodean al mar Muerto, la de Eliseo brota agua dulce y cristalina que prueba algun accidente que alteró su naturaleza primitiva. « Los profetas de Israel, dice uno de aquellos, eran aventajados químicos, y Eliseo, para hacer este cambio, ha debido valerse de medios naturales, pero que nosotros no conocemos todavía (1). » Apreciando como merece aquella ridícula observacion, otro viajero alemán : « Es muy triste ciertamente, dice, que á pesar de los grandes progresos hechos en las ciencias naturales, no tengamos todavía un método para purificar hasta sanar las aguas que corren en las entrañas de la tierra, y para hacer durable el efecto de una sola operacion dos mil seiscientos años, porque la que ejecutó Eliseo dura todavía. Yo he bebido mucho de esta agua, encontrándola muy buena (2). »

El monte que comencé á subir, pocos minutos despues de separarme de la fuente de Eliseo, no tiene árbol alguno : es rápido y pendiente, y las manadas de cabras que pacen en el valle de Jericó no lo suben sino con dificultad ; mas existe un camino abierto por la industria humana, que aun cuando pendiente y trabajoso, puede por él irse hasta la cima. Antes hubo otro que se llamó de Santa Helena, y por el que cientos de hombres que profesaban vida anacoreta subian y bajaban ; pero este fué borrado. Entrando en cuatro de las innumerables grutas que rodean el cerro formando una sucesion de estancias ó aposentos subterráneos, percibí en todas muchas cruces grabadas en la piedra, y en una un pequeño nicho que serviria quizá al que lo hizo para colocar alguna devota imágen. Desde la cima dominaba mi vista el desierto, que se prolonga como una sucesion de cerros fragosísimos del todo impracticables, y de valles angostos, are-

(1) Winers Biblisches Realwörterbuch, I.

(2) *Les saints Lieux*, tom. II. (Mislin.)

nosos, sembrados de peñascos y llenos como aquellos de oscuras cavernas. Lo escarpado de los montes, la esterilidad de los planes y lo profundo de las quebradas que asustan la vista de quien las contempla, parece que alejasen al hombre de sus contornos, y repeliesen la planta del atrevido que quisiera elegir en su seno habitacion ; pero no es así. Ni una sola de esas grutas dejó de tener su morador, ni una sola de esas quebradas dejó de llevar estampada la huella de los solitarios, y los picos mas altos de los cerros fueron celdas de los imitadores de Clímaco y del Stilita. La historia nos descubre en el seno de esa vasta soledad los sucesos mas tiernos y canderosos que puede ofrecer el corazón inocente del hombre que abandona un mundo empeñado en mancharle con los desórdenes de sus vicios. En el siglo once los Árabes degollaron cuatrocientos anacoretas en estos desiertos, y en tiempos mas recientes degollaron tambien á los sucesores de aquellos. El corazón alza un grito de horror contra un atentado semejante propio de Bárbaros y sanguinarios ; la civilizacion, la sociedad toda le acompañan para execrar un delito tan atroz cometido contra aquellos inocentes solitarios... pero mientras tanto nosotros presenciámos otros atentados no ménos bárbaros, que se cometen, no por Árabes sino por Europeos y en presencia de las naciones mas civilizadas de la tierra. Las matanzas de religiosos hechas por los progresistas de Reus, de Barcelona y Madrid, ¿ son acaso ménos crueles que las de los solitarios del Jordan ? ¿ ó la barbarie de los que á sangre fria degollaron tantas víctimas en el monasterio de los Carmelitas de Paris no excedió á la de aquellos Beduinos ? Cuando el individuo que conoce la dignidad humana recuerda hechos semejantes, se siente humillado por la voz de su conciencia, que le dice : « En el seno de naciones civilizadas existen hoy mismo hombres tan crueles y sanguinarios como los Bárbaros. »

Bajando de la montaña tenia enfrente el Jordan, y muy de mañana me dirigí á él atravesando un terreno llano donde

estuvo Galgala, pueblo célebre de los Israelitas. Dos horas de marcha fueron menester para pasar este valle, durante las que mi imaginacion recordaba los campamentos de Israel, que siguió el mismo camino precedido del Arca santa. Yo venia de Jericó, cuyos muros se desploman y caen al sonido de las trompetas sacerdotales, é iba para las riberas del Jordan, cuyas aguas abiertas á la voz de los caudillos y profetas, dieron paso enjuto tantas veces por en medio de su cauce á los servidores de Dios. Mas aquellos caudillos, el rio, sus aguas y sus recuerdos todos se inclinan, se abaten y confunden delante de la majestad de Dios, que publica la gloria de su Hijo en el seno del Jordan, y hace resonar sus bosques y sus grutas con el eco de la voz celestial: « *Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias.* » Poseido de estos pensamientos que el silencio hacia mas profundos, ví brillar en los bosquecillos del rio los primeros rayos del sol, que se elevaba sobre las altas montañas de la Arabia. No tardé en llegar, y parado un rato sobre las ruinas de un templo, contemplé al Jordan, tan famoso en ambos Testamentos, y cuyas aguas consagró el Hijo de Dios cuando lavaba la degradacion del hombre. Yo habia visto rios infinitamente mayores, cruzadas sus aguas por mil embarcaciones, hermoseadas sus riberas por soberbios palacios ó por selvas espesas, y ligado su nombre á hechos famosos en la historia política de las naciones. Nada de esto encontraba en el Jordan. Él bajó del Antilibano, depositó sus aguas en el Genezareth, volvió á salir de allí para correr cincuenta leguas casi siempre entre montañas, y morir luego en el mar Muerto. Sus riberas carecen de los árboles robustos que son el orgullo del Misisipí y del Valdibia, ni están ocupadas por palacios como las del Tiber y del Times; y corre silencioso sobre un suelo cubierto de arena amarillenta que da á las aguas el mismo color. Sin embargo yo habia atravesado aquellos rios tan pintorescos de América y de Europa sin sentir las emociones que me causaba este. Las aguas infini-

tas del Danubio que contemplé desbordadas é inundando como un mar inmensos territorios, y las del Trollatan y del Niágara que miré con asombro caer precipitadas en el opuesto septentrion de los dos mundos, recordadas en este momento, me parecian arroyos que serpenteaban saludando la magnificencia y gloria del Jordan. No podia mirarlo sin profundo respeto; en el silencio de sus corrientes me parecia leer la narracion de su historia misteriosa, y en la soledad de los desiertos que recorre, la imponente majestad de Dios que descendió sobre sus aguas. Teniendo allí en mis manos el origen de la santificacion humana obrada en el Jordan, comprendia bien hasta dónde se encumbra la dignidad que restituyó al hombre Jesucristo lavando sus manchas con el bautismo. Nada importaba que los Beduinos no penetrasen los misterios que yo celebraba en su presencia sobre un altar erigido con piedras del Jordan: ¿ acaso el Salvador del mundo, cuya gloria publicó allí el Padre, fué tampoco conocido de los hombres que le deshonraron? Yo ofrecia á Jesucristo sobre aquel altar, por el contacto del Santo de los santos mas venerando que el Arca del Testamento que abrió las aguas del rio, y mas eficaz que la voz de Elías y Moises que tambien las dividieron. Dejé con pena las riberas del Jordan, que continúa su marcha hácia los montes de Arabia, y entra en el mar Muerto para donde me dirigí.

Los Árabes habian cometido en aquellos dias algunos atentados en las orillas del Jordan, y el cabo que nos conducia, tomando precauciones para salvar su responsabilidad, segun decia, habia triplicado sus fuerzas. Yo veía llegar á cada momento partidas de Beduinos, tan desagradables por su fisonomía y sus modales como los que cruzan los valles del Jordan y las playas del mar Muerto, despojando á los viajeros. El llano por donde caminábamos está cubierto de arena blanquizca impregnada de sustancias salitrosas que exhala sin cesar el mar poco distante: « Este es lugar muy

peligroso, » me repetía el cabo á cada momento; y los Beduinos, en efecto, como si hubiera realmente algun peligro, se dividieron en dos grandes partidas, y marchando unos á vanguardia y los demas á retaguardia, nos colocaron á nosotros en el centro. Puede ser que en realidad temiesen algo, mas lo dudo; pues que pasada una sucesion de lomas formadas por arena y desde donde principiámos á bajar á la playa del mar Muerto, las dos partidas de Beduinos echaron á correr á escape, y en lugares donde el terreno es escabroso, dieron las muestras de agilidad y destreza en el manejo de la lanza y el caballo que sorprendieron al Sr de Lamartine, y como él á tantos otros Europeos. Yo no las admiré recordando aquellas no ménos difíciles y mucho mas atrevidas que cantó Ercilla en su *Araucana*, y presencié en los deliciosos *Uanos* de Cudico y Daghillipull. Las partidas de Beduinos que acababan de lidiar se vinieron á nosotros para pedirnos la recompensa de aquel obsequio que nos habian hecho sin solicitarlo, y fué recompensado, en efecto, mas caro de lo que valia. Los Beduinos recibieron el dinero, y quedando solamente ocho, tomaron los demas la direccion de Jericó. «¿Pero no me dice V. que es este el lugar mas peligroso? dije al cabo. — Acabamos de pasarlo, » me respondió. No tocábamos aun las playas del mar Muerto, donde se suponía haber peligro, los soldados no obstante se retiraban con el dinero que habian recibido; y esto me hacia conocer que el peligro era fingido por el interes de explotar el bolsillo de los viajeros.

La posicion y fisonomía de los médanos que rodean al mar Muerto manifiestan que fué este mucho mayor en otro tiempo, por la mas abundante cantidad de aguas que en su seno depositaba el Jordan: en la actualidad mide como veinte leguas de largo y de cinco á seis de ancho; pero considerando sus antiguos vestigios, parece que tuvo una extension mayor. La Escritura lo llama unas veces *mar de Sal*, otras *mar Saladisimo*, y la Historia ya *lago Oriental*, *lago de*

*Asfalto*, *mar de Sodoma*, y *mar del Desierto*; los Árabes, recordando sin duda los sucesos de Lot, lo distinguen con el nombre de *lago de Lot* (1); hoy generalmente se le llama MAR MUERTO, nombre que corresponde perfectamente á su tristísima fisonomía. Sus playas están cubiertas de una especie de betun pegajoso, y este mismo se percibe aun en las piedras que continuamente son bañadas por las aguas. Químicos aventajados, antiguos y modernos, nos han dado el análisis completo de estas, y demostrado que tanto su calidad como sus efectos son resultado de las sustancias que contienen. Un vapor pesado se levanta de su seno continuamente; el olor de sus contornos no es el que se respira en las playas de los otros mares, sino fuerte é incómodo; el gusto de sus aguas es detestable, y en mí provocó náuseas; lo encuentro aun peor que el de las sales químicas mas amargas desleídas en un poco de agua: hacen sufrir por largo tiempo al paladar desagradables sensaciones, y mucho mas al estómago todavía. No encontré ningun ser viviente en sus alrededores, ni los descendientes de las golondrinas que dice Volney haber visto, pues que morirían probablemente luego que tomaron aquellas aguas *para confeccionar con ellas sus nidos*; ni los patos del Dr Lynch, que habian venido sin duda de los bosquecillos del Jordan, donde existen en gran número y haciendo de vez en cuando sus excursiones hasta las playas del mar, para recoger los insectos que se crian entre la sal que las cubre.

Observaciones hechas por diferentes naturalistas han probado que los pescados llevados al mar Muerto mueren luego que son echados allí, y que los pececillos que asomaron alguna rara vez en sus orillas habian sido arrastrados por la creciente del Jordan cerca de cuya embocadura fueron vistos, y no producidos en el seno del mismo mar. Nada puede compararse con el aspecto que ofrece en este la naturaleza

(1) Barrei-Louth.

muerta; esa inmensa masa de aguas casi inmóviles del todo, las montañas de arena que las circundan por todas partes, el silencio profundo que reina en sus alrededores y la ausencia de todo ser viviente, producen el espectáculo más triste, y que no podrá explicarse sino poniendo delante aquel cuadro de desolación que nos representa el libro del Génesis en estas pocas palabras: « El Señor llovió azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno, todos sus moradores y todo lo verde de la tierra (1). »

Este país, « el más salvaje que puede presentar la naturaleza, » como lo llama con razón Volney (2), fué el lugar donde existieron aquellas ciudades nefandas que arrasó Dios con sus moradores, sus campos y cuanto les pertenecía, destruyéndolas con un diluvio de fuego, y envolviendo con ellas en las llamas tres poblaciones más, cómplices de sus delitos abominables. Antes del terrible castigo con que hirió Dios á Pentápolis, era él tan fértil, y sus bosques, sus huertos y sus jardines regados por el Jordán eran tan deliciosos, que la Escritura los encuentra muy superiores á las vegas feraces del Egipto, y los llama *Paraiso del Señor*. ¿Y qué es ahora todo este país? No respondamos nosotros; no digamos lo que vieron nuestros propios ojos; responda otro que nadie podrá llamar preocupado, oigamos á Volney: « Nada verde se ve en las inmediaciones de este lago;... la tierra toda impregnada de sal se niega á producir plantas, y aun el aire cargado de vapores, de azufre y de betún no puede convenir á la vegetación. De aquí el aspecto de muerte que reina en su rededor (3). » De suerte que podríamos decir que la reprobación no solo confundió en el abismo de las

(1) Cap. xix.

(2) *État politique de la Syrie*. — Lamartine no obstante, encontrando en él inspiraciones poéticas, lo compara á los lagos más bellos de la Suiza!

(3) *Idem*, cap. ii.

aguas á la bella Pentápolis con sus ciudades y habitantes, sino que vive estampada aun sobre las comarcas vecinas.

Algunos creyeron haber visto las ruinas de estas ciudades, y Volney mismo, que desconoce la mano de Dios, castigando los delitos de Sodoma, Gomorra, Seboin, Adama y Segor, se adhiere á las relaciones de los viajeros que miraron sus escombros. Hoy estos no se ven, ni nada más se encuentra en sus playas y campos vecinos que terror, desolación y la viva imagen de la muerte.

Tomando desde el mar Muerto la dirección de San Sábás, tuve que atravesar la parte oriental del desierto, entre cuyos cerros en el lugar más espantoso se ve como incrustado sobre elevadísimas colinas el monasterio de aquel santo. Para llegar á este anduvimos ocho horas, durante las cuales no encontramos más que peñas, ni vimos sino arena, rocas escarpadas y profundos precipicios; ni un solo hombre, ni una sola planta, ni una ave, ni aun de aquellas solitarias que interrumpen de cuando en cuando con sus gemidos el silencio profundo de otros valles, ví en esta larga travesía. San Sábás, considerado como el padre de los monjes de Palestina, fué el fundador del antiquísimo monasterio que hoy habitan cuarenta religiosos griegos disidentes de la orden de San Basilio. Cuando nos acercámos al monasterio, cerrado con muros y fuertes torreones, dejaron caer de la torre una cuerda atada á la que había una canasta: en esta puse una carta del patriarca cismático, en que me recomendaba al abad del monasterio; sin esta circunstancia la entrada en él á nadie se permite. Después de haber pasado dos puertas fuertísimas y bajado muchas escalas hechas en la roca, llegámos al fin al claustro, donde ví algunos monjes que leían sentados unos á la sombra y cavaban otros el suelo, no sé con qué objeto; algunos más trabajaban arriba del cerro á un lado del monasterio, componiendo el camino. El edificio no es regular, pues está construido sobre una serie de escalas formadas en la piedra de las colinas, y

que se comunican unas con otras por medio de puentes, ramblas y escaleras. Las celdas son estrechas, á excepcion de aquellas que están destinadas para recibir á los huéspedes. Dos monjes me condujeron al sepulcro de san Sábás; yo les observé que habia visto en Venecia las cenizas de este santo; me replicaron que efectivamente habian sido trasladadas á aquella ciudad, pero que presto las tendrian de nuevo allí. Me condujeron en seguida á la celda de san Juan Damasceno, me señalaron en ella la mesa donde escribió sus libros admirables y el tintero que le sirvió para el mismo objeto; uno y otro mueble escasamente podrán tener dos siglos. « ¿Dónde está su cuerpo? pregunté á los monjes. — No está aquí, » me respondieron. ¡ Cosa singular! parece que san Sábás y el Damasceno, los dos hombres mas célebres de este antiguo monasterio, lo abandonaron cuando el cisma entró á ocupar en él el asiento de la caridad. Innumerables grutas, cavadas en las rocas y en las que un hombre recostado cabe escasamente, se ven por todas partes, no solo dentro sino tambien fuera del convento; todas estuvieron ocupadas durante cinco siglos, y su número tan crecido manifiesta la verdad del hecho prodigioso que leemos en las crónicas de la Iglesia católica de Oriente, á saber: que mil monjes vivian en este monasterio en tiempo de su abad san Sábás. En una capilla se exhiben infinitos huesos humanos, que parece pertenecen á los anacoretas y ermitaños que los Árabes han muerto en diferentes épocas; mas, poco escrupulosos los monjes, segun se dice, mezclan con las reliquias venerandas de los mártires los despojos de otros individuos muertos en el cisma y colocados en los altares por la declaracion de los obispos, segun se acostumbra en las Iglesias disidentes del Oriente.

Tres horas despues de dejado el monasterio de San Sábás llegué á Belen: esta pequeña ciudad, de tantos atractivos para el espíritu, colocada en medio de colinas y de valles, ofrece un aspecto agradable; sus campos, divididos por

murallas de piedra, están mejor cultivados que los otros de Palestina, y las higueras y los olivares abundan en sus alrededores. Pisando esta tierra donde apareció la bendicion del Cielo, recordaba las escenas inocentes que nos ofrece la historia de los patriarcas, el cuadro admirable del caritativo Booz, el candor de Ruth que recoge espigas, el sencillo David que apacienta los rebaños de su padre, y la tierna Raquel que interrumpe con lamentos el silencio de la noche, llorando la muerte de sus hijos. Yo no ví las ruinas de Ramá, donde aquella madre afligida hizo oír sus gemidos, pero tenia delante otras que me las dibujaban perfectamente, y donde otra madre venida de Roma suspiró tambien como aquella: son las que aun se perciben del famoso monasterio de Santa Paula. En sus inmediaciones se levanta el gran templo dedicado al Nacimiento del Verbo Divino, y que contiene la gruta donde nació hecho hombre para habitar entre los hombres: su construccion es en forma de cruz, y sus naves están sostenidas por cuarenta y ocho columnas de mármol de diez y ocho piés de alto cada una. Los mosaicos y frescos con que la decoraron tantos reyes cristianos aun se dejan percibir, como los últimos rayos que despide el sol al ocultarse entre los nubarrones de la tormenta: si esta iglesia, que fué ántes exclusivamente de los Latinos, estuviese en otras manos, seria sin duda bella, y su esplendor en nada inferior al de las mas suntuosas de América y Europa. Mas sucede lo contrario: los Griegos la usurparon á los Latinos, y dividiéndose de ella con los Armenios, dejaron á los musulmanes la nave principal, que les sirve de bazar para hacer sus ventas de artículos de comercio.

Á mano derecha del templo tienen los Griegos un monasterio de monjes Baslios que hacen el servicio de su comunion en los santuarios, y contiguo á este otro los Armenios. Á la izquierda existe el convento de Franciscanos, y en él hospedan gratuitamente á los Europeos que llegan á Belen.